



DANIEL FREIDEMBERG

Banalizaciones,
elitismos y otros modos
de solazarse en la trampa

Página 3



CONTRATAPA

*Santísima
trinidad* por
Luis Soto

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 46 | JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2012



Esa .
mujer

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar
de Rodolfo Walsh

SIGUE ABIERTO EL III CONCURSO DE NARRATIVA EUGENIO CABCACERES

La tercera convocatoria del certamen de narrativa Eugenio Cambaceres 2012 que organiza el Museo del libro y de la lengua de la Biblioteca Nacional sigue abierta hasta el 30 de noviembre para que escritores noveles puedan presentar sus obras. Con el fin de promover la nueva producción literaria argentina, podrán enviar sus trabajos autores inéditos o aquellos que hayan publicado una única

obra de ficción. El primer premio es de 25 mil pesos y la publicación de Adriana Hidalgo Editora, mientras que el segundo será de 10 mil pesos. La recepción de obras es hasta el 30 de noviembre en avenida Las Heras 2555 (Ciudad de Buenos Aires), de martes a viernes, de 14 a 19 y las bases completas se pueden descargar en www.bn.gov.ar.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2012

Esa mujer

de Rodolfo Walsh

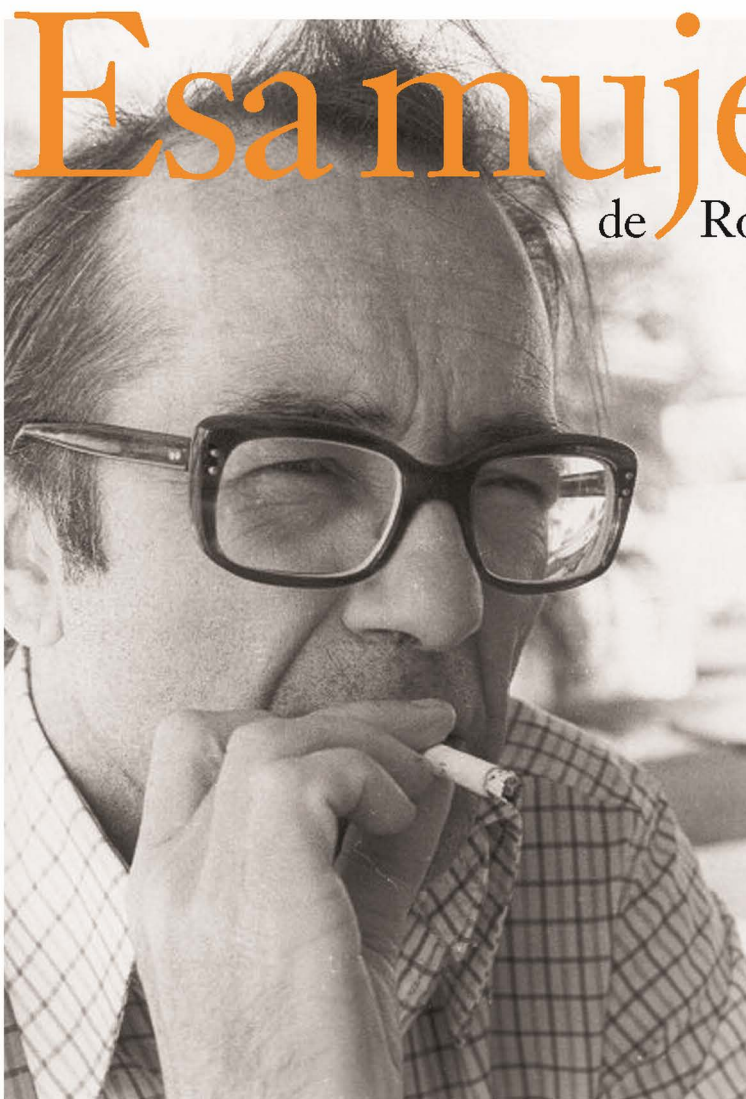


MARIO GOLOBOFF

Se trata de un cuento que ha quedado como antológico del autor y como uno de los mejores de la literatura argentina. Sería insuficiente atribuir esa repercusión a su actualidad o temporalidad o contemporaneidad o efecto. También al peso de la firma, porque, se sabe, en la evocación literaria de la personalidad o la memoria de Evita la acompañan otras no menos prestigiosas. El secreto debe estar, pues, en otro lado, en ese otro lugar de la literatura que nunca se explora dentro de la maraña de lo anecdótico, sobre todo cuando hay fuertes referentes de tipo político, social, ambiental, doméstico. En ese otro espacio que es la textura del texto, y que, aquí, va desde el evasivo título hasta el evasivo final; en esa materia plástica, ambigua de la escritura, residiría tal vez el secreto de su perfección...

Cuento antológico, así, no sólo por la importancia del motivo —el hurto y ocultamiento del cadáver de Eva Perón— sino por la maestría del narrar. Únicamente en manos de un escritor de esa talla, un relato puede alcanzar tal grandeza, cualquiera sea la dimensión del asunto. Retiene los componentes del policial, del de intriga y suspenso, del emotivo y social, del político. Retiene los caracteres del género testimonial, de denuncia y el del reportaje supuestamente objetivo. Parece una concentración de todas las vertientes literarias y productivas de Walsh, que vienen de lejos y van más allá del solamente consagrarlo como periodista comprometido —que, claro, lo fue—, militante crítico y lúcido —que también lo fue—, pertinaz e indolegable —que quién puede negar que lo fue.

Y condensa el trabajo de un escritor, como lo subraya el propio Walsh: “El cuento titulado ‘Esa mujer’ se refiere, desde luego, a un episodio histórico que todos en la Argentina recuerdan. La conver-



sación que reproduce es, en lo esencial, verdadera.../Comencé a escribir ‘Esa mujer’ en 1961, la terminé en 1964, pero no tardé tres años, sino dos días: un día de 1961, un día de 1964. No he descubierto las leyes que hacen que ciertos temas se resistan durante lustros enteros a muchos cambios de enfoque y de técnica, mientras que otros se escriben casi solos.”

¿A quién le habla el título: al coronel, a un lector anónimo y

desconocido, a un lector interior? ¿Y por qué el distante “esa” y no “esta” o “aquella”, más evocativo, tal vez más poético? ¿Por el matiz algo peyorativo de “esa”? ¿Qué guiño nos hace el escritor? El título, por otra parte, está anticipando lo que será casi genético en el relato, algo muy cercano a la figura retórica de la elusión: no se nombra al personaje que es central en esta historia; por miedo, superstición u odio nadie se anima “a tenerla en boca”, su nombre no aparece jamás en el texto; ni Eva, ni Perón, ni Duarte, ni Evita: completamente eludido, ausente.

Un periodista investiga el itinerario de aquel cuerpo, especialmente en el tiempo que va desde el golpe del 55 hasta su destino en un cementerio religioso italiano. Y lo hace entrevistando a quien de toda evidencia fue uno de sus últimos captores o encomendados del mismo: “Día por medio llueve en un jardín donde de todo se puede, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.../La enterré parada, como Facundo, porque era un

macho!”. El diálogo es así de tenso, huidizo, sobrentendido, y el entrevistado se muestra narcisista, delirante, cambiante, culposo pero no del todo, ya que se dice portador y salvador de un símbolo, de un mensaje histórico. Real o fingido, el diálogo no puede ser más literario y hasta cinematográfico: hay luces plateadas que se reflejan en ese décimo piso, hay trubeos de la escena, alcohol de por medio, ironías y desconciertos del entrevistador; la historia misma, con toda su contundencia, parece deshacerse entre los dedos. Y hay más de una emblemática y ambigua revelación, para los personajes y para el lector.

A mediados de los sesentas, uno de los mayores críticos literarios que dio América latina, el uruguayo Ángel Rama, saludaba la existencia entre nosotros de un potente y original escritor, Rodolfo Walsh. En el célebre semanario *Marcha*, en nota cuyo título podría signar vida y obra del autor (“Walsh en el tiempo del desprecio”), destacaba los orígenes literarios de su conciencia crítica. Porque se trató siempre de una inteligencia finísima y de un lector perspicaz, y se ven en sus textos trazas de tales lecturas. Tempranamente pensó sobre ellas: “Dos mil quinientos años de literatura policial” (*La Nación*, 14/2/1954), “Vuelve Sherlock Holmes!”, “El genio del anónimo” y “Un estremecimiento, por favor” (*Leoplán*: 20/5/1953, 3/2/1954 y 18/5/1955). En el primero, aparecen mencionadas *Las Mil y Una Noches*, la *Gesta Romanorum*, el *Roman de Renard*, los *Canterbury Tales*, el *Decamerón*, el *Popol Vuh*, el *Zadig*...

Así pues, entre las numerosas enseñanzas que nos dejó Rodolfo Walsh quizás se pueda rescatar ésta: para llegar a la defensa y apoyo de las más nobles causas humanas hay muchos caminos. El de la frecuentación de la gran literatura sería uno de ellos, y no el peor.

En *El último joven*, el escritor y periodista Juan Ignacio Boido (1975) alcanza una intimidad difícil de escuchar en el ruido de las publicaciones en serie, con un tono despojado y una temática extemporánea a planteos generacionales. Son cinco textos unidos por el hilo conductor de la iniciación o la pérdida de la juventud. “La juventud termina en el momento en que uno se pregunta por ella—dice el autor—. Y escribir, de alguna

manera, es preguntarse, y es tratar de responderse. (...) Lo único que sabía es que la literatura es una voz (...) Esa voz, la de su conciencia, en ese mundo cargado de ecos sociales y políticos de los 90, es la que busca el protagonista de uno de los cuentos. Para él, encontrar la voz es encontrar el tema, porque el tema irremediablemente es una visión del mundo.”

PABLO E. CHACÓN



Banalizaciones, elitismos y otros modos de solazarse en



DANIEL FREIDEMBERG

¿No es cierto lo que denuncia Mario Vargas Llosa cuando, en *La civilización del espectáculo*, se opone a “la banalización de la cultura, la generalización de la frivolidad”? ¿No tiene eso que ver con la situación que obsesionaba a fines de los años cuarenta a Theodor W. Adorno? ¿Y la que llevó a Cornelius Castoriadis a poner de título a uno de sus libros *El avance de la insignificancia*?

El mundo actual sucumbe bajo una crisis de sentido, tanto en el plano colectivo como en las vidas individuales, sostenía en la década de los noventa Castoriadis y sostiene hoy Vargas Llosa. ¿Tardíamente? Tal vez. En todo caso, nunca como en los últimos años alcanzó tanta vigencia lo que Vargas y otros llaman “la cultura del entretenimiento”, ni su dominio era tan monolítico en un mundo en el que había aún posibilidad de que una editorial de las grandes publicara a un escritor casi desconocido una novela tan audaz como *La ciudad y los perros*, y que una obra de esas características, compleja y problemática, tuviera cierto impacto en la consideración general.

Ahí pone Vargas Llosa, justamente, el ojo: en “la metamorfosis que ha experimentado lo que se entendía aún por cultura cuando mi generación entró a la escuela o a la universidad y la abigarrada materia que la ha sustituido, una adulteración que parece haberse realizado con facilidad, en la aquiescencia general”. No faltan motivos para reconocer que eso ocurre, y que no sólo en la literatura y el arte se hace sentir sino también en la educación, la política, el periodismo y hasta las religiones, como advierte Vargas, aunque habría que ver qué tiene de objetable una “abigarrada materia”, como no sea para el puritanismo de una mentalidad delirante. Es adjetivo, “elitista”, es precisamente el que predominó entre quienes comentaron *La civilización del es-*



la trampa

pectáculo, y mal no le viene a un libro que “parece añorar los buenos tiempos en que una elite—justa e ilustrada—conducía nuestras elecciones”, como en *El País* de Madrid escribió Jorge Volpi, ni tendría derecho a quejarse Vargas de que lo consideren elitista cuando atribuye a “la democratización de la cultura” el “indeseado efecto de la trivialización y el adocenamiento de la vida cultural”.

De acuerdo, entonces, estamos ante un pensamiento elitista, y de acuerdo con que, como propone Volpi, Vargas Llosa “acierta al diagnosticar el fin de una era de los intelectuales como él”. Enclaustrados en sus reducidos bien resguardados y en algunas ocasiones bien pagos, convencidos de que una insita superioridad los aureola, demasiadas veces incapaces de interesarse en algo más que en sus propias cucardas pro-

fesionales o en las relaciones mutuas (con las disputas consiguientes por el lugar más destacado en la marquesina intelectual), el autosuficiente mundillo que conforman “los intelectuales cómo él” marcha a su ocaso por anquilosamiento y miopía, pero si su desaparición implica dejar la cultura en manos de quienes la ven sólo como un negocio (otra elite, podría decirse, aunque ni justa ni ilustrada), no es mucho lo que se gana, o más bien nada, al menos lo que importa es una vida de mas calidad en todos los aspectos para más seres humanos.

“Todo tiempo pasado fue mejor”, el irónico título que elige la revista *Ñ* para criticar este último libro de Vargas, ¿no está proponiendo una indiscriminada aceptación del actual estado de cosas, y, por lo tanto, de los poderes que deciden la cultura realmente existente? Defendiendo la necesidad de estar actualizado y tener abiertos los ojos a la realidad, no faltaron ciertamente, entre los comentarios periodísticos, los que aprovecharon para meter en la bolsa del “elitismo” a cualquiera que no acepte una concepción de la cultura en que todo da lo mismo o que no se resigne a que los productos de consumo fácil y rápido, tan sustituidos como olvidables, quiten de la escena a las obras o los textos complejos y elaborados de la “alta cultura”, que merece mejores defensores que Vargas Llosa. De hecho los tuvo y los tiene, en

Adorno o en Castoriadis, en Agamben o Fredric Jameson, o en Horacio González, o Paul Ricoeur o Franco Rella. Todos ellos, al fin y al cabo, sospechosos de elitismo para el criterio que hace del “estar al día” un artículo de fe y una bandera de la libertad de consumo cultural, entendida precisamente como consumo, en sintonía con fetiches tales como la libertad de mercado y la libertad de empresa, o su prolongación en una “libertad de prensa” basada en que la puedan ejercer unos cuantos y muchos más se conformen con aceptarla.

No deja de reconocer Vargas, entre los antecedentes de su libro, a otro de título casi idéntico, *La sociedad del espectáculo*, con el que Guy Debord, en los sesenta, produjo cierto revuelo. Pero “sociedad del espectáculo” es, tal como lo entendió Debord, “el momento histórico en el cual la mercancía completa su colonización de la vida social”. Todo convertido en mercancía y las leyes del mercado instaladas en todos los planos de la vida: aferrado como un creyente a su ideario liberal, Vargas no puede reconocer que lo que ha desplazado a la vieja concepción liberal de la cultura es la prepotencia del neoliberalismo, que, al no necesitar ya de ese fósil, se lo saca de encima.

Confundir democratización de la cultura con imperio irrestricto del mercado es la trampa en la que quedan enganchados Vargas y varios de sus críticos. La posibilidad de instancias estatales o sociales que preserven espacios de elaboración para las formas más complejas de la cultura e impongan límites al interés mercantil implica abrir el juego y el intercambio, dar paso a la creatividad de cada uno, permitir que el lector o espectador que se acerca a la cultura para pasar el rato o distraerse pueda, también, si quiere, y si tiene la oportunidad, tantear otras posibilidades, poner sus capacidades intelectuales y emocionales en juego, indagar en lo desconocido o imprevisible, cuestionarse, preguntarse si las cosas son como parece que son, o si no podrían ser de otra manera.

CUATRO PROPUESTAS LITERARIAS DE NUEVOS NARRADORES ARGENTINOS

Las novelas *El exceso* de Edgardo Scott, *Grisú* de Marcelo Vertua y los relatos *Sueños del hombre elefante*, de Juan José Burzi y *Lugares apartados*, escrito por Jorge Boscauto son las propuestas de la novedosa colección "Laura Palmer no ha muerto", que nuclea voces de la nueva generación de narradores

argentinos. Bajo el sello Gárgola Ediciones, esta colección a cargo del joven editor y escritor Ricardo Romero (foto) trae al lector "novelas, cuentos y relatos que dan cuenta de la rica diversidad y potencia de la literatura argentina actual", explica. Estos libros escritos por "quienes vivieron la dictadura

desde la protección de la infancia, quienes pelearon la guerra de Malvinas en el patio de sus casas, y luego se encontraron con el cable, los videoclip y los dibujos japoneses. Y claro, después Internet", cuenta sobre el imaginario que sobrevuela estas creaciones.

LETICIA POGORILES



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 18 DE OCTUBRE DE 2012

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

➔ LUIS SOTO

Santísima trinidad

La voz oscura, tibiamente gritada de Bola de Nieve se va abrazando a los versos iniciales de "Vete de mí". Única habitante de la sala a las 9 y cuarto de la mañana, la señora de vestido, zapatos y medias negras escucha con los ojos entornados. La llovizna delgada y filosa no cesó a lo largo de la noche. Sentada en un banco sin respaldo, la mujer no se ha movido de su puesto, bajo un candelabro, a un costado del ataúd. De pronto oye voces que se acercan por el pasillo del velatorio. Se apresura a apagar la música y a tientes acomoda el peinado. Dos mujeres asoman a la puerta de la sala. "¿Hay alguien?", consulta la más alta. "Ustedes son Elena...", supone la de negro. "Yo soy Elena. Ella es Hebe. Entonces estás al tanto de la historia", se presenta la otra. "Las historias. Sí, él me contó. Capítulo especial el de matrimonios anteriores. Pasen. Pienso que tal vez necesiten hablar conmigo. O simplemente hablar", dice la de negro. "¿Nos esperabas?". "No juntas".

"En una hora se lo van a llevar. Evitemos los prólogos. Cuando nos conocimos, en 1972, Antonio tenía 17 años, yo 16 -recuerda Hebe-. Nunca había estado en la cama con una mujer. Nos casamos enseguida. Vinieron los chicos, compramos la casa en Haedo. Había un diálogo humano, pocas discusiones violentas. Fue progresando en su profesión, pero no es fácil estar casada con un geólogo. Demasiado viaje imprevisible al interior. Sin embargo yo valoraba esos espacios. ¿Cómo podía imaginar que casi 30 años después, 4 de abril del 2001, se iba a despedir como siempre, 'chau, flaca, traigo el pan', y no aparecía nunca más? Sin explicaciones, ni siquiera un mensaje. Nada. No comimos pan esa noche y como soy bastante extremista me dije: el pan es Antonio. Al pan lo eliminé de mi mesa. Al hombre, de mi sentir. Punto a favor: hasta que mis hijos fueron mayores todos



los meses mandaba un dinero y una noche por semana se juntaba con ellos. Nunca les habló de mí, tampoco intentó saber".

"Las fechas coinciden. En marzo de ese 2001 me sorprendió cuando comíamos en una tasca española -ahora habla Elena-. De pronto ensartó con el tenedor una tirita de mondongo y la acercó a mi boca. Le brillaban los labios. No te conté, pero he venido siendo un hombre casado. Hoy me separo de mi esposa. Alquilé un departamento, en unos días nos mudamos", dijo mordiendo las palabras. De ahí no pasó el informe. No tuve tiempo de pensar, de enojarme. O sí, pero renuncié. Para defender la relación, que había arrancado en el 98. Sólo quise saber si tenía hijos. "Sí, dos". Lo tomé como una afirmación de lo nuestro. Mi vocación de negador. Grave error. En octubre del 2001 desapareció sin enfrentar la separación. Un argumento, una señal, una frase como 'se acabó la magia', o 'me crucé con otra mu-

jer'. Hizo un anuncio de distracción. Había reservado pasajes para viajar a Europa en un par de semanas: París, Praga, Viena. Me mostró folletos, yo compré un diccionario francés-castellano. Para mí era una relación positiva. Con final ridículo. No sé. Todavía no entiendo".

Crece un silencio pastoso. "Hay un tema que me intriga. ¿Qué era lo que más le gustaba que ustedes le hicieran?", plantea la de negro mientras enciende la varita de un sahumero. "¿Decirlo delante de él? Son cosas íntimas. Prefiero guardarlas", rechaza Hebe. "Por qué no". "Decí vos qué le gustaba al final", propone Elena. "Bueno. Aunque sea tarde, sirve que hablemos. Más allá de sus gustos. Tenía ciertas mañas que no podía controlar. Mañas jodidas. Párrafo para una que era una guachada. Íbamos mucho al cine. Cuando nos habíamos acomodado o recién comenzada la película decía 'voy al baño'. Normal. Cinco minutos, diez, media hora, Antonio no aparecía. Al principio no convivíamos y me asustaba. Había fantasmas: una descompensación, saben que era

hipertenso y no se cuidaba, o un asalto. Terminaba la película y adentro del cine o en la calle, yo seguía sola. Al otro día llegaba como si nada hubiera sucedido. Y no había explicación. Me costó bancarlo, para mí era humillante. Si yo no alojaba con los reproches decía: '¿por qué no te hiciste un levante?'. Era un tipo fóbico, muy inseguro. Era Antonio Cositoro. Y yo no quería perderlo. Aprendí a no cuestionar sus huidas. A investigar como Sam Spade, mi detective favorito. Descubrí que no siempre se iba del cine. Lo he visto achaparrado en una butaca de las últimas filas. Al salir me siguió de lejos. Extraño, ¿no? Una tarde me aborda un señor serio. Arranca con vueltas, '¿me permite?', 'disculpe'. Luego se despacha. 'Durante la película un hombre se me sentó al lado. Un maricón, pensé. Pero no. Preguntó si quería tener algo con una mujer. Y la señaló a usted. Tengo mujer, dije para sacármelo de encima. Le avisé porque si insiste con otros ti-

pos, usted puede pasar un mal rato'. Fue tan acertada la descripción de Antonio entregador que arrasó con la menor duda. Ese episodio marcó un límite. Traté de ser inteligente con una dosis de audacia. '¿Qué sentirá una mujer que se encama con un desconocido al que la entrega el marido?', le pregunté un día entrando al Gaudin. Tropezó y lo tuve ahí, caído, de rodillas. No hubo respuesta, pero haberlo encarado me hizo bien y él se quedó hasta el final de la película, un día de Depardieu. Yo continué fiel a mi plan. No más reproches. Demoré en dar datos de que veía mi cambio. La reacción se dio en su estilo: me escribió una carta. 'Nadie se había animado a aceptar mis taras, mis rajes enfermos'. Me impresionó la franqueza. Se acabaron las huidas, los viajes a Catamarca y al Chaco, y el masoquismo de ofrecerme como a una prostituta. Pero también había un Antonio sano. ¿Qué le gustaba? Un juego que se fue armando cuando ya pasaba en casa un par de noches por semana. Después de hacer el amor dormía con la paz de un bebé. Quizás siempre fue así, ustedes sabrán... Cuando ronroneaba a punto de despertar, igual a las 3 de la mañana que a la hora de la siesta, yo me metía en la cocina, preparaba unas papas fritas casi transparentes y las llevaba a la cama. Tony ponía viejos discos de Bola de Nieve: canturreaba 'Dos gardenias', o 'Vete de mí'. Nos iba sirviendo whisky de a media medida y comíamos las papas con la mano. Un juego simple, pero que se fue imponiendo. Estos últimos años fuimos dichosos. Sentí que Antonio era un puma amaestrado, que no se iba a ir nunca', presume la de negro. "Puma amaestrado... se va a ir. A mí me tocó vivir un breve tiempo de ángel y otro de puma sebado", dice Hebe. "Dichosa señora, y si pensaba abandonarte mañana, o pasado, y no llegó? Un hijo de puta era", se libera Elena. La de negro arrima dos sillas.